

brigantes ó no, aquellos hombres habían combatido por la Francia. Se les despedía dispersos para sus casas y en casi todas partes eran recibidos á tiros. Faltos de paga, habían tenido que vivir necesariamente del pillaje y de la violencia; y ahora se les pedían cuentas. Fueron objeto de venganzas atroces; seres oscuros, ni siquiera se ha averiguado el número de los muertos. Pero hace creer que debió ser muy grande el dato de que en una sola aldea hubo once víctimas. La guardia nacional de Aix sintió tal indignación al ver que se asesinaba tan impunemente á los aliados de la Francia que se presentó en masa en aquella aldea, hizo exhumar los cadáveres y obligo á los aristócratas á que les pidiesen perdón de rodillas.

Aquellas gentes, rechazadas de todas partes, refluieron sobre Avignon. Lescuyer y Duprat volvieron á ser los amos. La municipalidad les negaba el pago de las tropas, que sólo podía verificarse mediante la venta de los ornamentos de las iglesias, de las campanas, de los bienes eclesiásticos. La masa furiosa de los soldados se apoderó de la municipalidad y la encerró prisionera en el palacio de los papas juntamente con madama Niel, su hijo y unas cuarenta personas más. En vano Mullet, obligado á salir de Avignon, reclamó en favor de ellos. Habló como intercesor, rogó como hombre, pidió como justicia ó como favor que se les entregasen. En el sombrío presentimiento que le torturaba llegó hasta confesar el apasionado interés que sentía por algunos de ellos: «¡Como! decía en su carta; ¿he de ver yo entre cadenas al único amigo que encontré á mi llegada á Avignon?» Devolviéronle doce prisioneros, gente extraña é indiferente, pero los otros, y sobre todo la madre y el hijo, continuaron presos.

La nueva municipalidad procedió á la grande cuanto necesaria operación de vender los bienes eclesiásticos. Se decidió que las pequeñas comunidades en que había menos de seis religiosos quedarían desde luego suprimidas, y que todos darían relación de sus bienes. Se empezó á fundir las campanas, á reunir y á vender los ornamentos sagrados. Estas operaciones las practicaban Duprat y los exaltados con gran estrépito y sin consideración ninguna á las creencias del pueblo. En vano les advertía Lescuyer que era necesario proceder de una manera regular y guardando las formas legales. El solo quería la ley. En nombre de ésta se presentó al capítulo de Avignon é intimó á los canónigos que eligiesen un jefe constitucional del clero, y les defirió el juramento cívico que ellos se negaron á prestar.

Todo anunciaba una tormenta. La opinión popular había cambiado por completo. La soledad y el abandono de la ciudad, la paralización del comercio y de los trabajos, la creciente miseria, la proximidad de un invierno cruel entristecían á Avignon. «¡Qué tiene de extraño, decían, que nos muramos de hambre, cuando las iglesias han sido violadas y el santo sacramento arrancado de los altares y vendido á los judíos!» Lo que más les irritaba era ver destrozar las campanas; no se daba

un martillazo sobre ellas que no repercutiera en el corazón de las mujeres; les parecía que la ciudad, al quedarse muda, había sido abandonada por Dios.

La situación del partido francés, reducida á un exiguo número, se hizo muy peligrosa. Hizo un nuevo esfuerzo en el Consejo de Luis XVI; los ministros propusieron la reunión de la Asamblea constituyente. El ponente Menou lo reclamó. «En nombre de la humanidad... no expon-gais, dijo, á ciento cincuenta mil individuos á que se estrangulen maldiciendo á la Francia.»

Decretóse la reunión el 13 de Septiembre y el rey la sancionó al siguiente día. ¿Cómo se decidió á aquel enorme sacrilegio de aceptar la tierra papal? Misterio es este que todavía no ha podido explicarse. Un artículo del decreto concedía indemnización al papa por sus dominios *útiles*, pero no sobre la *soberanía*. Sin duda se le hizo creer que el decreto de reunión llevaba consigo la disolución del ejército de Jourdan que tiranizaba el país, que el partido francés aparecería en su exigua minoría y que la masa libertada retractaría el voto que en favor de la Francia se le había arrancado y restablecería al papa. La corte estaba tan bien informada que creía que una vez libre de la Constituyente iba á tener en la legislativa una Asamblea realista que manejaría á su gusto. Esta Asamblea no se atrevería á rechazar á Avignon, que en nombre de su independencia nacional y de la soberanía del pueblo reclamaría de nuevo á su señor; el decreto de reunión sería fácilmente revocado.

Tal era la novela de los curas y según todas probabilidades también la del rey. Y no era del todo inverosímil. El pueblo de Avignon, bajo el dominio del papa, no pagaba ningún impuesto; por vejación, por extorsión, poco más ó menos como en Turquía se hacía un reparto, no entre el pueblo, sino entre los ricos, entre los pudientes. El comercio, estrechado y abrumado, se ahogaba entre las aduanas francesas; pero esto mismo hacía que los géneros que no podían exportarse se consumiesen en el mismo país, y de este modo, los víveres se vendían á vil precio. Por un sueldo ó dos, me han dicho los ancianos, teníamos pan, vino y carne. Todo esto había cambiado de una manera cruel después de la Revolución. Casi interrumpido por la guerra civil el cultivo de los campos y llevándose fuera los víveres la carestía era grande. Se preveía como próximo el momento en que el pueblo, como el de Israel en el desierto, iba á echar de menos las cebollas de Egipto; más le valdría volver á lo antiguo y renunciar para siempre á aquella tierra prometida y á la libertad si la había de adquirir al precio de la abstinencia y del ayuno.

¿Qué era menester hacer? Nada más que esperar, enviar pocas tropas y estas las más aristocráticas é impedir sobre todo á los directorios de los departamentos vecinos que dejasen partir los valientes guardias nacionales de Marsella, de Aix y de Nimes que no descaban otra cosa más que sostener á los patriotas de Avignon. Estos directorios procedieron perfectamente según el pensamiento de la corte.

Los comisionados nombrados para ejecutar el decreto fueron detenidos en París. De los mediadores antiguos, dos volvieron, Verniac y Lescene; uno sólo se quedó, el realista, el abate Mulot, quien habiendo dejado en rehenes en el palacio de los papas á una persona muy querida, á toda costa deseaba librarla.

Mulot no podía obrar directamente sobre Avignon. No disponía de tropas. Los oficiales eran aristócratas, así como una parte de los soldados, sobre todo los húsares; pero el general era jacobino. Necesitaba una ocasión favorable para compeler á éste á obrar, para dar en nombre de Francia un golpe que atemorizara á los patriotas, estimulara contra ellos á la gente de Avignon y libertara á los prisioneros; la ocasión se presentó el mismo día en que se recibió la noticia de la reunión. La ciudad de Sorgues, castigada con excesivas contribuciones por los patriotas, había estrangulado, mutilado á varios. Fué después desarmada y el partido patriota había vuelto á dominar. Al conocer la noticia de la reunión, los papistas de Sorgues, seguros del apoyo de nuestras tropas aristocráticas, quisieron volver á tomar las armas. El abate Mulot, llamado por ellos, obligó al general á que enviase tropas; ocurrió después un motín, nuestras tropas hicieron fuego y mataron entre otros á un oficial municipal del partido de los patriotas, que se escapaba por el tejado de su casa.

El abate Mulot, vencedor en Sorgues, no resistió á la tentación de participar á la hermosa prisionera el golpe que había dado y le escribió este billete: «Acabamos de dar el golpe que debíamos dar en nombre de Francia; todo lo espero; no queráis mal al amigo de vuestro hijo». Esta última frase había sido escrita indudablemente, para que si el billete era interceptado en el camino, no se acusara á la señora Niel de haber aconsejado aquella represión violenta. Quizá también aquella señora, que tenía más ingenio y buen sentido que el abate, le había apartado de un acto odioso y peligroso, que sin libertarla, irritaría á sus enemigos y podía perderla. El partido realmente fuerte en Avignon, el partido papista, el de las cofradías y del pueblo bajo, trabajaba por su cuenta, siguiendo su camino y sin prestar obediencia á la señal de los realistas constitucionales, tales como los Niel y Mulot.

El fatal billete fué interceptado. Los patriotas de Avignon escribieron al mediador dirigiéndole amargas acusaciones; entre ellas estas frases irónicas, copiadas de su billete: «No creemos que hayáis querido dar, en nombre de Francia, un golpe, con el único propósito de libertar á aquél, que creéis vuestro amigo.»

Otra imprudencia aun más grave: otro admirador de la señora Niel, Clarental, capitán de húsares, se atrevió á escribirle: «Calma, mi hermosa señora, secreto y nada más. Armaos de paciencia; su reinado no será largo; juegan su última carta, serán castigados.» Estas amenazas, sorprendidas por los directores de Avignon, les enfurecían tanto más, cuanto que eran muy verosímiles. El partido francés, reducido á

un pequeño número, á sus soldados licenciados, que seguían por el deseo de cobrar, estaba sentado sobre un volcán. No era solamente á Mulot y á los realistas constitucionales á quienes tenía que temer, sino más bien á los papistas. Los primeros, sin entenderse completamente con los segundos, les prestaban, sin embargo, el servicio de impedir á los patriotas de los departamentos vecinos que viniessen en su socorro.

Los curas, envalentonados al encontrarse poco á poco á la cabeza de un gran pueblo, empezaban á contar ó á hacer milagros como este: habiendo sustraído un patriota de una iglesia un ángel de plata, le rompió un brazo; poco tiempo después su mujer dió á luz un niño sin brazos. Cuando los ánimos estaban ya preparados, se apeló al último recurso. Desde el 89 la virgen se había mostrado muy aristócrata. El 90 había empezado á llorar en una iglesia de la calle de Bac. Hacía el fin del 91 empezó á aparecer en una vieja encina, en el Bocage vendeano. Al mismo tiempo asustó al pueblo de Avignon de una manera terrible: su imagen, en la iglesia de los franciscanos, se enrojeció, se iluminaron sus ojos inyectándose de sangre, y pareció que se enfurecía. Las mujeres acudían en tropel, llenas de miedo y de curiosidad, para verla y no se atrevían á mirar.

Los hombres menos supersticiosos, acaso hubieran dejado que la virgen enrojeciera cuanto le diese la gana. Pero circuló un rumor que les conmovió mucho más.

Había atravesado la ciudad un gran cofre lleno de ornamentos de plata de la iglesia. Se dijo, se repitió la noticia, y ya no fué una, sino diez y ocho maletas, las que habían sido sacadas de la ciudad durante la noche. ¿Qué contenían aquellas maletas? Los objetos del Monte de Piedad que, según se aseguraba, iba á llevarse consigo el partido francés. El efecto fué extraordinario. Aquellas pobres gentes que á causa de una gran miseria habían empeñado todo lo que tenían, sus pobres alhajas, muebles y ropas, se creyeron arruinadas. «No queda más que un recurso, se les dijo, apoderarse de las puertas de la ciudad y de los cañones que la guarnecen, y detener, si quieren huir, á Lescuyer, Duprat, Mainvielle y á todos los ladrones». Era el domingo por la mañana (16 de Octubre) y había acudido á Avignon una multitud de aldeanos, todos con armas; en los campos ya no se podía andar sin ellas. En un instante se apoderaron de las puertas; los realistas constitucionales, aprovechándose de aquel gran movimiento papista, cogieron las llaves de la ciudad y corrieron á Sorgues á llevárselas al abate Mulot, suponiendo que iba á darles tropas.

Entre tanto la multitud afluíá á los Franciscanos, mujeres y hombres, artesanos de las cofradías, mozos de cordel y aldeanos, blancos y rojos, gritando todos que no se retirarían hasta que el municipio y su secretario Lescuyer no hubiesen presentado sus cuentas.

En la iglesia había doce ó quince soldados de Jourdan, que creían sin duda que sofocarían el tumulto, y que presenciaban el hecho sin

moverse; su vida pendía de un cabello. La multitud envió á cuatro para que se apoderaran de Lescuyer y le obligaran á presentarse; le encontraron en la calle, cuando iba á refugiarse en la alcaldía, y fué llevado á presencia del pueblo.

Subió al púlpito, al principio sereno y animoso: «Hermanos míos, dijo valerosamente; he creído que la Revolución era necesaria; he hecho todo lo que he podido...» Iba á hacer profesión de fe.

Quizás su aspecto digno, su probidad que se reflejaba en su rostro y en sus palabras, hubieran tranquilizado los ánimos, pero le arrancaron del púlpito y desde aquel momento se vió perdido.

Arrojado á la turba vocinglera, fué arrastrado hacia el altar de la virgen, para que cayese como un buey pronto á ser sacrificado á los pies del ídolo. El grito de muerte de Avignon, el fatal ¡zou! ¡zou! resonaba en toda la iglesia anonadando al desgraciado.

Llegó vivo al coro, y allí logró desasirse; se sentó, pálido, sobre un sillón; alguien que quería salvarle le dió con que escribir. Suspende la destrucción de las campanas, que se abriera y se viese el Monte de Piedad, dando satisfacción al pueblo; tal era el sentido de lo que escribió, pero no pudo leerse; los que deseaban su muerte ahogaron su voz entre silbidos.

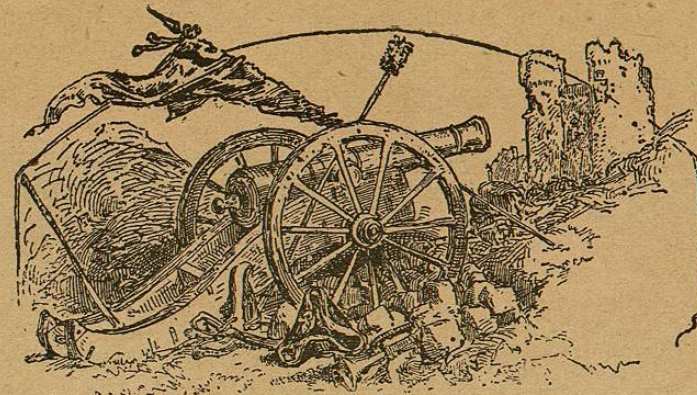
Un viajero, un extranjero, un caballero bretón, Mr. de Rosilly, se dice que al ir á Marsella entró en la iglesia con la turba, intentó con gran peligro salvar al desgraciado y colocándose ante él, gritó: «Señores, en nombre de la ley...» Más no se le escuchó... «En nombre del honor, de la humanidad...» Los sables se dirigían contra él, otros le apuntaban, otros tiraban de él para ahorcarle.—Se le salvó diciendo que lo justo era matar primero á Lescuyer.

El pobre Lescuyer, objeto miserable del debate, no esperando ya nada y viendo á su abogado en tan grave peligro, se levanta de pronto del sillón, corre hacia el altar...

Un hombre compasivo le señalaba una puerta por donde podía escapar, pero en aquel momento un obrero tejedor le asesta un golpe tan fuerte que el bastón se rompió en dos pedazos, haciéndole caer sobre la grada del altar. El pregonero de la ciudad entraba en aquel momento y tocó á silencio para publicar un bando.

El formidable ¡zou! ¡zou! lanzado por millares de hombres ahogó la voz del pregonero. Aquella multitud enorme, amontonada en un punto, estaba como suspendida sobre un cuerpo yacente: los hombres le aplastaban el vientre á patadas, las mujeres, con sus tijeras, para que expiase sus blasfemias, cortaron con rabia atroz los labios que las habían pronunciado.

En aquella espantosa tortura, una voz débil salía aun de no sé qué ensangrentado, que ya no tenía forma humana: rogaba humildemente que se le diera la muerte. Estalló una horrible carcajada y no se le volvió á tocar para que saborease á su placer la muerte.



## CAPITULO XXV

Continuación.—Vengaza de Lescuyer asesinado en la Glaciere  
(16-17 Octubre del 91).

Duprat y Jourdan obtienen ventajas de nuevo.—Ensayo informe de juicio.—Se decide el asesinato.—La torre Trouillas ó de la Glaciere.—Lo que debió ser para la inquisición.—De qué clases y de qué opiniones eran las víctimas.—El asesinato.—Los asesinos quieren detenerse.—Se les obliga á continuar.—Entierro de Lescuyer (17 de Octubre).—Fin de la matanza.—Consecuencias fatales que tuvo para Francia.

Era la una de la tarde poco más ó menos, y desde hacía mucho tiempo, Duprat y Jourdan fueron advertidos; pero sus hombres estaban dispersos. Decidieron para reunirlos tocar en el castillo la famosa campana de plata, que sólo se tocaba en dos ocasiones solemnes: la consagración ó la muerte de un papa. Aquel extraño sonido misterioso, que muchos no habían oído más que una vez en su vida, hirió las imaginaciones, hirió los corazones con un frío súbito. Quizás esto fué lo que apresuró la salida de las gentes que habían venido del campo, y temieron que iba á ocurrir algún suceso terrible en la ciudad.

El efecto fué menor, á lo que parece, sobre los soldados de Jourdan: tan bravos para reclamar sus soldadas, se manifestaron ahora muy tardos; no se les podía encontrar por ninguna parte. Jourdan, con gran trabajo, logró reunir trescientos cincuenta, con los cuales volvió á tomar las puertas de la ciudad. Hecho esto, no le quedaron más que ciento cincuenta hombres, para atacar á los Franciscanos, llevaba dos cañones bastante inútiles; en las calles sinuosas y estrechas, pero que no dejaban de producir su efecto, por el formidable estampido que hacía estremecer el pavimento. Merced al retraso la multitud había disminuído, sólo quedaban papanatas y mujeres. Hizo fuego sobre el montón y mató é hirió lo que halló por delante. En la iglesia no encontró más que á la virgen y á Lescuyer, el desgraciado, que al cabo de tanto tiempo todavía